

# Una luna después

Alouette Valera



# Capítulo 1

1

*Domingo 23 de Agosto*

*Por fin se han ido los últimos invitados. Escucho a Beethoven, pero las notas musicales me suenan más agrias que de costumbre. Ha sido un día ajetreado, estoy segura que esa debe ser la razón. Para cuando esta carta llegue a tus manos, probablemente sea martes o miércoles de no sé cuantas semanas después. Hoy es domingo (considera mi desorden temporal causado por el insomnio). Si. Creo que sí y la verdad no lo sé con certeza. Pero sé que en este preciso momento ha comenzado a llover y que debes estar viendo con cautela el puente de Londres – ese que han destruido tantas veces en las películas- mientras te tomas un café. La semana pasada intenté con rabia recuperar la carta que te envié y me han dicho que simplemente se perdió. Sin afán de ser una dramática, me pareció una porquería. (Lo sé, odias verme decir groserías, pero realmente se justifica por ser ésta de menor grado). Como sea.*

*Hoy he tenido la mejor de las ideas –no sé si buena o mala, pero mía al final de cuentas- esto me ayudará a evitar tu ausencia durante un tiempo, hasta que me anime por fin a modernizarme con eso del correo electrónico. Envíame una foto de todos los sitios que visites. La única condición es que cada una de ellas debe llevar escrito por la parte trasera la fecha, el lugar y la hora en que fue tomada. Por cada fotografía que yo reciba (puedes mandar varias en un solo sobre), yo ahorraré –por decir algo- cincuenta pesos. Sé que suena ridículo y, eliminaría estas palabras, pero no quiero que mi carta llegue llena de tachones y tampoco quiero escribir otra. Es sólo que no concibo la idea de no volver a verte, para esto me hace falta cruzar un océano de soledad y prometo intentarlo hasta ahogarme (si es necesario). Diviértete y recuerda no fiarte de los ingleses; son, por lo general, tipos extraños y con hábitos de otro mundo. Yo seguiré pretendiendo que no te extraño y que soy, al menos, feliz cuando anochece pronto.*

*Te quiere, Anette.*

Vacila antes de reposar la estilográfica sobre el escritorio y re lee cuidadosamente lo que acaba de escribir. Ha perdido la cuenta de las cartas que ha escrito y de los poemas y crónicas que ha relatado en los

últimos meses. Ha perdido la noción del tiempo entre letras y rutinas del día a día. Dobla el papel con cuidado y la mete en un sobre de color caqui - puesto que es el color del mes- y con la misma parsimonia de siempre escribe los datos del destinatario en la esquina inferior derecha. Luego de ese, su ritual favorito, abandona otro pedacito de esperanza envuelto de letras en un cajón que cierra con llave. Mañana a primera hora del día correrá con ansia a la oficina de correos y procurará recordarle al encargado que es de suma importancia que esta vez no pierda la postal, que ya ha pasado una vez y que no sabe que hará si esto sucede otra vez.

Se despide de su pose favorita de escritora empedernida y se observa al espejo. Con cuidado se desnuda y se contonea, se acaricia el vientre, los hombros y la cara. Pierde la compostura y se tira sobre la cama deshecha. Ha olvidado cerrar la luz de la pequeña lámpara sobre el escritorio. "Mientras menos oscuridad, mejor"- piensa- y observa el techo donde pequeñas figuras de colores van apareciendo y desvaneciéndose con el parpadeo constante. Lloro en silencio, lloro en la oscuridad. Lloro abrazada de una almohada. Lloro simplemente porque no sabe como esconder su dolor y es su tiempo de no fingir.

Son las cinco treinta y dos de la mañana: ella duerme plácidamente, con los ojos aun hinchados y la respiración entre cortada por la catarsis con la que ha lidiado hace un rato. El mañana se ha convertido en unos instantes y es tiempo empezar de nuevo hasta que ya no pierda la cuenta de los días que pasan.

1

El medio día acecha descomunal frente a mis ojos y la luz cubre profundamente el puente de Londres; de cabo a rabo, al derecho y al revés. El sol se ha colocado imperioso sobre una comunidad que poco a poco se va acostumbrando al correo electrónico y se abre paso en un mar de acontecimientos de sociedad que parecen importantes, pero que al día siguiente dejaran de serlo. La lluvia de anoche ha dejado los adoquines húmedos y sin saberlo, el olor a café y biscuits recién hechos me obligan a girar por una callejuela estrecha que parece ajena al bullicio. Camino lentamente sin observar los letreros, cuando de pronto frente a mí, aparece un letrero de buen tamaño que reza "Marlorys' Books"; es azul brillante y tiene letras rojas con un ligero y desgastado relieve en color dorado, cuelga despreocupado sobre el umbral de la puerta. "Un libro" me

digo a mi mismo sorprendido y accedo ante mis impulsos.

La chica que está en el mostrador pega un saltito cuando escucha la campana que avisa la visita de alguien y me mira con cierto desprecio. Me pregunta por obligación si puede ayudarme en algo y cuando rechazo su oferta, se vuelve a concentrar en lo que hacía antes. Me paseo tranquilamente, ignorando por completo su presencia y el hecho de que solo estamos nosotros dos en ese sitio, buscando algo interesante que leer. En las estanterías reposan libros de todo tipo: volúmenes de enciclopedias en ruso, alemán, italiano, francés; primeras ediciones de grandes títulos; pequeños lomos que con letras doradas rezan el nombre de una importante novela; etc. He de confesar que las librerías no son mi sitio preferido en el mundo, pero conforme iba recorriendo ese pequeño laberinto con olor a mohó, me iba sintiendo tranquilo y curioso por lo que pudiera encontrar. Al darme la vuelta para observar la repisa a mi espalda, encontré "Romeo y Julieta" de Shakespeare y el corazón me dio un vuelco. Sin pensarlo dos veces, tome el libro entre mis manos y le pregunte a la chica – quien nuevamente se vio afectada por mi presencia– que eso era lo que buscaba y que me cobrara. Me miro compungida y obedeció. Dos minutos más tarde, era veinte libras más pobre y sentía un vacío profundo que pretendía llenar con un recuerdo vago. Sabía perfectamente que ella estaba del otro lado del mundo; que ese era su libro favorito y que de alguna manera si lo leía, podría estar cerca de ella por medio de algo que tuviésemos en común. Esa tarde, al llegar al departamento con el libro en mano, busque desesperadamente el sobre color caqui, pero aun no había llegado, así que me dediqué a esperar y leer. En ese mismo momento, la lluvia inundo las calles nuevamente y el atardecer se volvió eterno ante mis ojos. Desde mi ventana observe la impertinencia del agua estancada al pie de mi edificio y así me quede dormido. Pensando en la inmensidad del océano. Pensando en sus ojos y su boca; en los lunares de su estomago. Pensando que para volver a verla, hacía falta cruzar un océano de soledad y nostalgia provocado por su ausencia.